

Una
entrevista
con
Simone
de Beauvoir



LA VEJEZ

—Ciertos críticos le han hecho el siguiente reproche: "Simone de Beauvoir pretende que no queremos encarnarnos con la condición de la vejez; ahora bien, resulta que, actualmente, no se habla más que de los viejos". Un crítico ha llegado a decir que usted escogió este tema precisamente porque está de moda. Pero usted asegura, por el contrario, que hay en torno a la vejez una especie de conspiración del silencio.

SIMONE DE BEAUVOIR.—De hecho, hace poco más de dos meses que se ha empezado a hablar de los problemas de la vejez, como consecuencia de un informe presentado por la Inspección General de Asuntos Sociales. En él se hacía el balance de lo realizado en el curso de los diez últimos años a favor de los viejos, y se constataba que su condición material, en lugar de mejorar, había empeorado, por el simple hecho de que sus pensiones no habían aumentado al mismo ritmo que el coste de la vida.

«El informe en cuestión despertó un poco a la gente, y se llegó a hablar del asunto en la primera página de «France Soir». Molesto por el asunto, el gobierno decretó que se llevaran a cabo una serie de encuestas y que se redactaran los informes correspondientes: la señorita Dienesch ha prometido todo el oro del mundo, diversos directores de hospital han asegurado que piensan tomar una serie de medidas, y es verdad que, entonces, empezó a hablarse de la suerte de los viejos.

«Pero cuando empecé a escribir mi libro, hace dos años y medio, nadie hablaba de este asunto, si se exceptúan unos cuantos gerontólogos y geriatras.

«Por otro lado, después de

la publicación de mi libro, algunos de ellos me han escrito para felicitar me por haber roto una auténtica conspiración del silencio.

—¿Y por qué escribió usted el libro?

S. DE B.—Por varias razones: la primera es que el comentario expresado por mí al final de «La Fuerza de las Cosas», en el sentido de que me aproximaba a la vejez, provocó un pequeño escándalo. Una serie de críticos y un montón de lectores me dijeron que era indigno de mí el que me ocupase de mi edad, que todavía era joven, que seguía siéndolo, que la edad no existía. Entonces me di cuenta de que, para la mayoría de las personas, la vejez era un tema tabú o, por lo menos, desagradable. Todo ello me irritó y me hizo pensar que, por el contrario, había que hablar de ese tema, ya que nadie se atrevía a hacerlo.

La gente acepta más fácilmente pensar en la muerte que en la vejez

—¿A qué se deben todas esas reticencias según usted?

S. DE B.—Esa es una de las cosas que he tratado de entender. Creo que, entre otras cosas, es porque la gente acepta más fácilmente pensar en su muerte que en su vejez. Evelynne Sullerot ha anunciado que en cierta encuesta preguntó a una serie de jóvenes que se imaginasen

una jornada normal cuando hubiesen alcanzado la edad de cincuenta años. Los chicos contestaron que serían profesores, ingenieros o directores generales, pero la mayoría de las chicas dijeron: «Moriré antes» o «Me mataré», por el simple hecho de que se negaban a pensar que podrían un día llegar a viejas.

«En realidad, esto es común a los dos sexos: hombres y mujeres piensan que hay en la vejez una degradación (lo cual es verdad en la mayoría de los casos) y que, al envejecer, se convertirán en una especie de caricaturas de sí mismos.

«Por otro lado, por amigas asistentes sociales y por experiencias personales iba conociendo la siniestra situación de los viejos en nuestras sociedades, y el contraste entre ese silencio voluntario y la miseria real fue lo que me llevó a estudiar la cuestión.

«Pero había, además, otra cosa. Cuando cumplí los cuarenta, me di cuenta de que para la mayoría de las mujeres, ser una mujer no era lo mismo que, para un hombre, ser un hombre. Quise, pues, conocer esa condición femenina que era la mía —aun cuando es verdad que nunca sufrí por ella—, y escribí, en consecuencia, «El Segundo Sexo». Del mismo modo, a los sesenta años me di cuenta de que mi condición iba a ser muy pronto la de todos esos viejos, a los que consideraba antes como totalmente diferentes de mí, como una especie aparte, y me interesé por todo ello.

—En resumidas cuentas, cuando usted escribió sobre las mujeres, se aprovechó de su lado privilegiado de mujer "reconocida" por los hombres para tratar de comprender lo mejor posible la condición femenina,

y, al escribir sobre los viejos, se valió de que seguía formando parte de los "otoñales" para tratar de comprender desde cerca la vejez, sin estar inserta en ella, ¿no es eso?

S. DE B.—Exactamente. Tengo sesenta y dos años, y «técnicamente» la vejez empieza a los sesenta y cinco años, ya que la edad para jubilarse ha sido fijada en sesenta y cinco años. Por consiguiente, todavía no soy «vieja», aun cuando estoy lo suficientemente cerca de la vejez para darme cuenta de mi propio destino, del mismo modo que, como mujer que nunca ha tenido que hacerse «reconocer» por los hombres —ya que he estado a su mismo nivel—, gozaba de una buena perspectiva para estudiar la condición femenina. Opino que, para estudiar algo, lo mejor es estar muy cerca, pero, al mismo tiempo, fuera de ese algo. Nunca habría podido escribir un libro que me ha costado tanto trabajo como éste a los ochenta años. Para conseguir mi propósito necesitaba de todas mis facultades intelectuales y toda mi capacidad de trabajo.

Los viejos en las sociedades primitivas

—A propósito de la capacidad de trabajo, incluso los críticos más anables han comentado que la primera parte de su obra estaba hecha a base de conocimiento de segunda mano.

COMO PROBLEMA



"Al mismo tiempo que, gracias a los progresos de la medicina, se logra que la gente viva más años, se les va privando cada vez más de la posibilidad de integrarse en la sociedad y de sentirse útiles".

S. DE B.—Es un reproche absurdo. En primer lugar, ¿qué es lo que hay de primera mano, aparte de unos cuantos trabajos limitados y especializados? Cuando se hace un trabajo de síntesis, uno se ve obligado a buscar su información en libros publicados.

«Un trabajo de segunda mano consiste en compilar una serie de trabajos ya existentes. Desde este punto de vista, yo diría que mi trabajo sobre la biología es, en efecto, un trabajo de segunda mano, porque lo único que he hecho ha sido buscar en una serie de libros. Sin embargo, he reflexionado sobre la cuestión y le he dado a lo escrito cierta orientación filosófica.

«En lo que se refiere al lado antropológico, puedo decir que he utilizado los trabajos del laboratorio de antropología del Colegio de Francia, que dirige Lévi-Strauss. Allí se pusieron a mi disposición enormes cantidades de fichas relacionadas con la vejez en diferentes sociedades, pero no me limité a resumirlas: estudié todos los libros a partir de los cuales se habían establecido todas esas fichas, con el fin de ver la relación existente entre la vejez y el resto de la sociedad en el conjunto de la sociedad, y es ése un trabajo que se ha aplicado una o dos veces a determinadas sociedades, pero nunca al conjunto de todas las sociedades. Por consiguiente, las comparaciones establecidas, su selección, el orden en que he clasificado mis reflexiones, todo ello no es sino trabajo original.

«Lo mismo puede decirse de la historia. Me gustaría que se me mostrase el libro de primera mano que he resumido para escribir el capítulo sobre la historia de la vejez. Reunir en una historia de la vejez cosas tan diferentes como son, por ejemplo, una historia de los

campesinos franceses y una historia del tema de la «vieja hermosa» en la literatura antigua y moderna, es llevar a cabo un trabajo de primera mano.

«Por otro lado, en la segunda parte figuran una enorme cantidad de consideraciones sobre la vejez y el tiempo, que son producto de una reflexión absolutamente personal; en ninguna parte, si se exceptúan ciertas páginas de Schopenhauer que no agotan el tema, ni mucho menos, he hallado respuesta a estas preguntas: ¿cómo es que el tiempo pasa más de prisa cuando uno es viejo que cuando se es joven? ¿Y en qué medida pasa más de prisa? Igualmente he reflexionado sobre el modo en que un viejo «siente» o se niega a «sentir» la edad que tiene —y ello a partir de ciertos datos filosóficos, por ejemplo, a partir de la noción de los «irrealizables» de que habla Sartre—. No sé que se haya hecho antes nada igual.

—Ha sido, sobre todo, por la primera parte por la que se le ha hecho el reproche de que hablaba antes, y mucha gente ha llegado a preguntarse si de verdad era necesario escribir un capítulo sobre los viejos en las sociedades primitivas.

S. DE B.—Sí, era absolutamente necesario. Existen, al respecto, multitud de mitos y de prejuicios, a menudo contradictorios. O se dice que los pueblos primitivos sacuden el cocotero y matan a sus viejos, o se afirma, por el contrario, que éstos son venerados y honrados. He considerado interesante estudiar las diferentes maneras de tratar a los viejos en esas sociedades y sacar a relucir —y es esto algo que no sabía al principio y que he ido sabiendo poco a poco— la im-

LA VEJEZ COMO PROBLEMA

portancia de las condiciones económicas, así como de las superestructuras. He encontrado ejemplos de estructuras económicas totalmente miserables en las que los viejos eran tratados convenientemente. Entre los yaghanos, tribu desaparecida, los viejos eran tratados muy bien, porque las relaciones entre hijos, padres y abuelos eran muy tiernas, mientras que entre otros, como los yacutas, el trato que se daba a los viejos era malísimo, en parte porque los hijos recibían también muy mal trato de sus padres. Al mismo tiempo, en las diversas sociedades puede apreciarse todo un aspecto de relaciones posibles entre niños y adultos, por un lado, y los viejos, por otro. Pueden ser estas relaciones de veneración, respeto, temor o, por el contrario, burla, desprecio, abandono. Y estas actitudes se encuentran a lo largo de toda la historia, y hasta hoy, al examinar diferentes capas sociales, diferentes casos particulares. Tenemos, pues, un espectro de la condición humana en general y de la vejez en particular.

Las condiciones económicas y sociales

—El que sólo exista un número determinado de actitudes posibles en relación con los viejos, actitudes que se encuentran y reencuentran continuamente a través de la historia (ya sea entre los pueblos primitivos, ya sea en las sociedades modernas), ¿no da la razón a los que dicen que la vejez es un destino?

S. DE B.—Hay —como ocurre en toda situación humana— una parte de destino. El destino biológico del viejo es que nadie escapa a la regresión or-

gánica, y como consecuencia hay también un destino social, pues esa regresión orgánica hace que, a partir de cierta edad, el viejo ya no puede trabajar y deje de ser productor.

»Pero, aclarado eso, igual que ocurre con toda situación humana, el destino en cuestión es reabsorbido por el contexto económico y social, y la debilidad fisiológica del viejo toma un sentido diferente, según que esté inserto en la sociedad de un modo u otro.

—¿Son malas todas las soluciones?

S. DE B.—No, hay algunas aceptables; por ejemplo, en ciertas sociedades primitivas, o incluso en determinados momentos de la historia, en ciertas sociedades rurales. Pero lo que hace falta, ante todo, es evitar el utilizar a un hombre hasta tal punto que a sus sesenta o sesenta y cinco años sólo valga para ser tirado a la basura. Es preciso, por avanzada que sea su edad, permitirle adaptarse, en sus actividades, a su situación orgánica. En ciertas sociedades rurales, los campesinos trabajan hasta los ochenta y cinco años, pero es que a partir de los sesenta años han ido reduciendo progresivamente su actividad. Gracias a lo cual continúan activos hasta llegar a una edad avanzada, y encuentran una gran satisfacción en sentirse útiles para la sociedad. Sería ciertamente la mejor solución.

—Parece que los críticos están divididos, según que se trate de críticos de derechas o de izquierdas. Unos consideran que es el suyo un optimismo ingenuo, porque piensan justamente que la vejez es un destino metafísico o, en todo caso, biológico y psicológico, y que es ingenuo creer que transformando la vida se pondrá remedio a esa situación, ya que esta tragedia deriva del hombre y no de las relaciones entre los hombres. Otros, por el contrario, opinan que es usted bas-

tante pesimista, ya que si se trata de un problema social, será posible, mediante reformas, mejorar poco a poco la condición de los viejos. ¿Qué opina usted de todo esto?

S. DE B.—Las reacciones de los críticos han sido dictadas, esta vez, por sus posiciones políticas; por lo menos esa es mi opinión. En conjunto, tanto en la derecha como en la izquierda, los críticos están de acuerdo conmigo en que la manera en que se trata actualmente a los viejos es un escándalo; por otro lado, el propio gobierno lo ha admitido.

»Hay, sin embargo, una diferencia. Los críticos de izquierda aprueban el que yo haya puesto de relieve las condiciones económicas y sociales, mientras que los de derecha prefieren pensar que es un problema metafísico, biológico, y que el problema social es sólo secundario.

»Es evidente que yo me inclino hacia la opinión de los críticos de izquierda. Pero he de confesar que, al comenzar el libro, yo no veía toda la importancia del factor social. Por ejemplo, me ha sorprendido muchísimo el libro de Bastide sobre la «Sociología de las enfermedades mentales»: en él adopta la opinión de un psiquiatra, según el cual incluso la demencia senil, que antes se consideraba originada por una serie de factores orgánicos —ya que el cerebro de los dementes seniles sufre de esclerosis por placas—, es debida, en la mayoría de los casos, a la influencia de la sociedad, porque incluso los trastornos orgánicos precisos pueden ser provocados por las condiciones psicosociológicas. Según la opinión de Bastide y del psiquiatra en cuestión, parece ser que nueve de cada diez dementes seniles estarían mejor si se les hubiese tratado de otro modo durante toda su vida. Bastide llega a decir que la demencia senil es consecuencia de las condiciones de vida que una determinada persona ha sufrido dentro de la sociedad.

»Voy a citarles un caso que

me contó una asistente social. Conoció a un viejo sin dinero que había perdido las dos piernas. El viejo tenía la cabeza completamente despejada, y podía seguir siendo activo con tal de que se le colocasen un par de piernas artificiales. Esta operación le costaría dos mil quinientos francos al Seguro de Enfermedad, pero una ley bizantina le niega el derecho a recibir esta prótesis hasta pasados cinco años. Mientras tanto, y en espera de que pase ese tiempo, se le destina a la sala de los débiles mentales en el hospital. La asistente social encontró por fin el dinero, pero imagínese que aquel hombre hubiera tenido que vivir cinco años en medio de tantos viejos débiles; habría terminado como ellos.

»Se fabrican, pues, literalmente, vejez totalmente desesperadas. Comoquiera que la vejez es esencialmente un fenómeno psicosomático —todos los gerontólogos están de acuerdo al respecto—, si se actúa sobre el cuerpo del individuo, privándole de toda posibilidad de activarse, de vivir normalmente, se influye al mismo tiempo sobre el cuerpo del individuo privándole de toda posibilidad de activarse, de vivir normalmente, y sobre su espíritu. Pero no hace falta tomar un caso tan extremo como el que acabo de citar, basta pensar en el gran número de viejos que si sufren de presbicia no pueden comprarse unas gafas, o, si son sordos, un aparato para oír bien: en el primer caso, no pueden leer; en el segundo, están prácticamente apartados de toda vida social.

»Es verdad que se produce una inevitable regresión fisiológica, pero ésta puede ser compensada, en gran medida, en el caso de todos esos viejos que pertenecen a las clases acomodadas. En los otros viejos, habida cuenta el lado psicosomático de la vejez, tales degradaciones terminarán acelerándose cada vez más y precipitándose en la depresión y la chochez. Pienso, pues, que el dinero, y por consiguiente el nivel social, juegan un papel muy importante.

Lo que hace falta, ante todo,
es evitar que el hombre sea utilizado
hasta tal punto
que a sus sesenta o sesenta y cinco años no valga ya para nada.

Hay que cambiar la vida

—Hacia el final del libro, usted dice que hay que "cambiar la vida". En este sentido, se le ha objetado que, después de todo, comoquiera que la sociedad está empezando a preocuparse de este problema, sería posible, mediante reformas, solucionarlo sin llegar tan lejos.

S. DE B.—En primer lugar, le recordaré que «cambiar la vida» es una frase de Rimbaud que, en el fondo, corresponde exactamente al «cambiar el mundo» de Marx. No se trata, pues, de cambiar la vida en un sentido espiritualista, como quería Pierre-Henri Simon. Cambiar la vida quiere decir exactamente cambiar el mundo, y, en realidad, pienso que hay que cambiar el mundo, la sociedad, y digo todo esto con un sentido totalmente marxista, porque cuando se ha estado tratando a un hombre como una máquina durante cuarenta años, cuando se le ha utilizado y estrujado hasta el límite, no es posible readaptarle mediante una política de la vejez cualquiera, por generosa que ésta sea: es ya demasiado tarde. Todas las encuestas entre obreros parisenses o pescadores bretones, por ejemplo, demuestran que cuando unos hombres han trabajado y han sido explotados así durante toda su vida, a los cincuenta y cinco o sesenta años son unos auténticos viejos, mientras que un burgués que ha vivido estupendamente toda su vida, a los sesenta es todavía un «otoñal» totalmente válido. Pero el desgaste a que se ve sometido un hombre es irreversible: imposible devolverle la juventud y la salud perdidas.

»Por consiguiente, opino que todas las reformas —los poblados de ancianos, la higiene de



Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, de vacaciones en Italia. Simone contesta en esta entrevista: "Usted me pregunta si soy feliz, ¿no es eso? Sí, lo soy. En mi vida privada nunca ha habido nubes... Es verdad que, en cierto modo, soy feliz".

los ancianos, etcétera— son totalmente insuficientes. No quiero decir que haya que renunciar a ellas, aunque sea provisionalmente, y que, mientras la sociedad siga como hasta ahora, haya que abandonar a los viejos a su miserable destino. No. Hay cosas que podrían me-

jorarse algo, incluso dentro de la sociedad en que vivimos, pero, desde el momento en que sólo se buscan los beneficios y dado que el viejo no beneficia ya a nadie, se recurre a la caridad, que, como sabemos perfectamente, nunca ha resuelto nada.

—¿Cree usted que, si nuestra sociedad de consumo decidiese asegurar a sus seis millones y medio de viejos un nivel de vida decente, podría hacerlo?

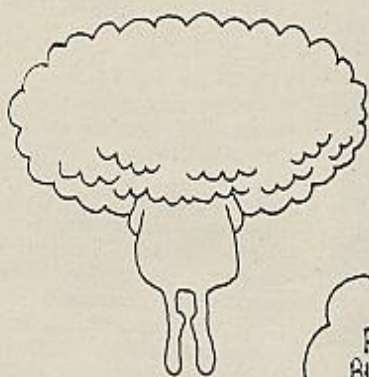
S. DE B.—No soy economista, no puedo contestar a la pregunta de si la sociedad actual podría asegurar a los viejos pensiones que sean el doble o el triple de las actuales, si se podría construir poblados de ancianos, etcétera, pero opino que, de todos modos, no lo hará, puesto que, justamente, sería una carga demasiado pesada —según sus propias palabras—, no beneficiaría a nadie y podría, a la larga, hacerla estallar. Recuerdo que un responsable de las Cajas de la Vejez me dijo en cierta ocasión: «Hay que ser realista». Desde la óptica capitalista, es imposible satisfacer todas las reivindicaciones, es decir, por ejemplo, aumentar las pensiones y hacer que la gente se jubile antes.

Unas leyes más justas y humanas

—¿Qué es lo que se puede hacer hoy por hoy?

S. DE B.—Bueno, primero cabe modificar una serie de leyes estúpidas y nefastas. Por ejemplo, en lo referente a la vivienda: se devuelve la mitad de su alquiler al viejo, si éste es inferior a los doscientos francos, pero no se le reintegra un céntimo si es, pongamos el caso, de doscientos diez francos. Tenemos, pues, el escandaloso absurdo de que un viejo que tiene un alquiler de ciento noventa francos no paga más que noventa y cinco, mientras que otro, cuyo alquiler es de doscientos diez francos, lo paga en su totalidad. Los casos que no quieren viejos, como, por ejemplo, en Niza —donde hay demasiados viejos,

Malcolm Hancock



FRANCAMENTE;
BUSCO A ALGUIEN
QUE SEA
MÁS PRACTICO



ESTOY
BORRANDO
TODO VESTIGIO
TUYO



LA VEJEZ COMO PROBLEMA

para su gusto—, aumentan el alquiler hasta doscientos diez francos, y al viejo no le queda otro remedio que ir al hospicio. Hay otras reglamentaciones igualmente estúpidas, como el caso de prótesis que he citado anteriormente.

»Cabría igualmente desarrollar el sistema de asistencia a domicilio, eliminar todo ese papeleo en que se ven sumergidos los viejos —aun cuando muchos no reciben la ayuda a la que, sin embargo, tienen pleno derecho—. Podrían aumentarse el importe de las pensiones, mantener los hospicios totalmente limpios y no meter a treinta o cuarenta personas en un solo dormitorio.

»Podrían hacerse muchas cosas, pero, ¿«quién» podría hacerlas? El gobierno, naturalmente, pero, ¿«quién» podría hacer que el gobierno se ocupase de eso?

—¿Cree usted que la oposición de izquierda podría inscribir en su programa todas estas reformas inmediatas?

S. DE B.—Los sindicatos les han concedido siempre una gran importancia. El descenso de la edad de jubilación y el aumento de las pensiones son dos de sus constantes reivindicaciones. Los obreros sindicados están entre las pocas personas conscientes de que al luchar por los viejos no hacen sino luchar por ellos mismos.

—La Quinta República considera, y pretende que también nosotros lo consideremos, que las asambleas elegidas son impotentes. Los viejos tienen, sin embargo, derecho al voto. Aunque a menudo no lo utilizan. ¿Cree usted que si se enseñase a los ancianos a utilizar convenientemente su derecho al voto, ello contribuiría a mejorar su destino?

S. DE B.—Usted mismo me acaba de decir que, bajo la Quinta República, el parlamento no tiene importancia alguna...

—Sí, pero otra cosa ocurre con las municipalidades.

S. DE B.—No lo creo. En Niza, por ejemplo, los viejos representan el veinticinco por ciento de la población, lo que significa más del veinticinco por ciento del cuerpo electoral, ya que hay menores que no votan. Por eso, cuando hay elecciones municipales, el alcalde, Médecin, se apresura a enviar paquetes a los viejos, en un intento de hacer entre ellos propaganda demagógica. Y, desgraciadamente, esto funciona, y los viejos siempre votan por los conservadores, porque tienen miedo. Es ésa una de las cosas que he tratado de explicar en mi libro, hay en los viejos un determinado estado anímico resultante de la situación de que son víctimas: la ansiedad. Ahora bien, los que sufren de ansiedad prefieren siempre la situación tal y como es a la situación tal y como podría ser. Nunca los viejos votarán en un sentido revolucionario. Constituyen el veinticinco por ciento de la población, lo cual significa que forman una fuerza muy importante, pero están, para utilizar un término sartriano, «serializados», no se conocen entre sí, están aislados unos de otros. Pero las personas sólo pueden actuar cuando forman grupo. Constituyen un veinticinco por ciento, pero ello no impide el que estén perdidos en medio de una población más joven, más dinámica, y que, por lo tanto, estén incapacitados para cualquier acción concertada.

—Agruparlos sería, pues, una tarea que debería proponerse una organización sindical o una organización política, ¿no es eso?

S. DE B.—La organización sindical no puede, porque los viejos han dejado de trabajar y, por lo tanto, de formar parte de un sindicato...

—¿Y una organización política? Usted ha hablado de «serialidad»: eso puede eliminarse...

Actualmente, la vejez social y la vejez biológica no siempre coinciden. Hay casos de directivos acabados a los cuarenta y cinco años desde un punto de vista profesional.

S. DE B.—Pero hace falta que las circunstancias sean favorables. Una organización no cae así, del cielo. No veo cómo podría agruparseles.

«Máximo, cuarenta años»

—También se ha dicho que, en nuestras sociedades modernas, el hecho de que, en cierto momento, un hombre sea considerado como improductivo no es ya un problema de vejez, sino de tecnocracia. Las técnicas se modifican y progresan tan rápidamente que ocurre que a los hombres se les considera "inutilizables" mucho antes y que el límite de edad no coincide ya con el de la vejez. Hay casos de investigadores, técnicos y directivos a quienes se considera acabados a los cuarenta y cinco años desde un punto de vista profesional, aun cuando están llenos de vitalidad.

S. DE B.—Es verdad que hoy en día la vejez social y la vejez biológica no siempre coinciden. Ya he hablado de ello: muchas veces las ofertas de trabajo, en Francia, y más aún en América, especifican: «Máximo, cuarenta años». Y, de hecho, hombres de cuarenta o cuarenta y cinco años son «despedidos» por la organización a la que pertenecían, y no pueden volver a encontrar trabajo porque son demasiado viejos. Lo sorprendente es que en ese momento empiezan a tener una mentalidad de viejos, es decir, se repliegan sobre sí mismos, se vuelven cascarrabias, quizá más todavía que los viejos, porque toman como una injusticia el rechazo de que han sido víctimas.

»Al mismo tiempo que, gracias a los progresos de la medicina, se permite a la gente vivir más años, cada vez se les va pri-



Balakishi Orujevs y Amina han cumplido ya su cien aniversario de boda. En ciertas sociedades rurales los campesinos trabajan hasta los ochenta y cinco años o más, pero es que a partir de los sesenta han ido reduciendo progresivamente su actividad...

vando más de la posibilidad de integrarse en la sociedad y de sentirse útiles. He ahí otra cosa que podría remediarse, y que, de hecho, se está ya remediando en determinadas empresas: tengo una amiga de aproximadamente cuarenta y cinco años, a la que despidieron de su puesto, pero a la que la empresa pagó durante un año para que se «readaptase». Sólo que esto ocurre muy pocas veces. Si se hiciese con regularidad, es decir, si a medida que la persona envejece y que las técnicas cambian, se la permitiese «readaptarse», y desde joven para que pudiese aprender, informarse, adaptarse, las cosas serían diferentes, y veríamos a hombres de sesenta años adaptándose a tareas nuevas.

—Dos críticos, por otro lado favorables, dijeron, uno de ellos, que usted había escrito un anti-*"De senectute"*, y el otro, que, en el fondo, sus trabajos enlaza-

ban con los de Cicerón y Séneca. ¿Qué opina usted de esta contradicción?

S. DE B.—Bueno, al final de mi libro digo que, en efecto, la vejez, en determinados casos privilegiados, podría aportar algo, y lo creo sinceramente; pero en ningún momento digo que pueda aportar todo eso de que hablan Cicerón y Séneca, es decir, el despegue del cuerpo, la ausencia de pasiones, etcétera. Opino, por el contrario, que si la vejez puede aportar algo, será sólo cuando el viejo siga siendo un apasionado, cuando siga comprometándose totalmente en todo lo que haga, cuando sea capaz de luchar y pueda, entonces, en medio de cierta indiferencia a la muerte o a la opinión de los demás, sacar un valor, unas fuerzas y, al mismo tiempo, una capacidad de comprensión de la totalidad de la condición humana

que no tienen los que no han atravesado aún todas las etapas: es una perogrullada decir que sólo un viejo puede saber lo que significa ser viejo. Pero yo no digo, ni siquiera en ese pasaje, que el viejo se caracteriza por esa sabiduría y esa serenidad de la que habla Cicerón. Además, yo digo que sólo un pequeño número de privilegiados pueden beneficiarse de todas estas ventajas, y la totalidad de mi libro muestra, por el contrario, al viejo bajo una luz totalmente diferente de la de Cicerón.

»Hay que decir también que Cicerón no se interesaba más que por los privilegiados, porque, como él mismo asegura, ¡ser viejo y pobre es difícilmente tolerable! Los viejos pobres no le interesan, todo lo que quería demostrar es que había que escuchar a los senadores.

La capacidad de ser feliz

—¿Cómo siente usted el proceso de envejecer, perteneciendo como pertenece al grupo de privilegiados y teniendo como tiene el suficiente dinero para vivir sin trabajar? Dentro de tres años, usted será "técnicamente" vieja. ¿Qué significa esto para usted?

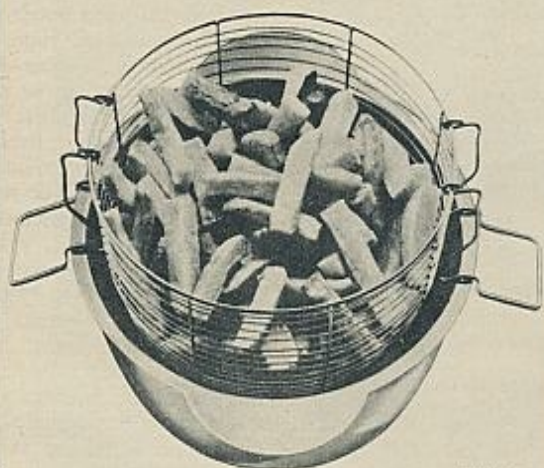
S. DE B.—En primer lugar, tendrá que volver a hacerme esta pregunta cuando cumpla ochenta años, porque para entonces quizá ya no sea capaz de trabajar, quizá no tenga las mismas facultades de atención o de concentración de ahora. Aún no he llegado a ese extremo, y, por otro lado, no veo que mi condición difiera en mucho de lo que era hace diez años. Crucé determinada línea entre mil novecientos cincuenta y ocho y mil novecientos sesen-

FREIDORA CON CESTILLO

ACERO
INOXIDABLE
LEY 18/10



MAGEFESA



aurman



Nenuco



PRODUCTOS NENUCO,
EL PRIMER PLACER DEL RECIEN NACIDO

LA VEJEZ COMO PROBLEMA

ta y dos, y creo que fue por la guerra de Argelia. Aquellos acontecimientos produjeron en mí una tristeza horrible, ya que me sentía obligada a ser cómplice, como francesa —aunque estuviese en contra—, de lo que hacía Francia. Yo era entonces muy pesimista, y al contemplar los años de mi juventud, tenía verdaderamente la impresión de haber pasado una línea, cuando consideraba, por ejemplo, que los viajes a pie o el esquí no eran ya para mí.

»Ahora tengo otras cosas que hacer y, en el fondo, desde entonces me parece no haber pasado ninguna nueva línea. Quizá esto ocurra a los ochenta años, pero, por ahora, tengo la impresión de que tener sesenta y cinco años es como tener cincuenta y cinco: en lo referente a la edad, se produce una especie de estancamiento. Como, por un lado, tengo trabajo que hacer, y, por otro lado, me intereso por el mundo, tengo la misma curiosidad de siempre y estoy rodeada de amigos, me siento muy privilegiada, y no noto el peso de los años.

—A propósito de sus tres libros de "Memorias" se ha hablado mucho de su capacidad para la felicidad. ¿Cree usted que ésta ha disminuido con la edad?

S. DE B.—Dicho de otro modo, usted me pregunta si soy feliz, ¿no es eso? Sí, lo soy. No es que no se sienta una horripilación cada vez que se entera de lo que ocurre en el mundo, ya se trate de torturas en Brasil o en Méjico, de la guerra de Vietnam, de la intervención soviética en Checoslovaquia, o de la exterminación de los bialfeños. No es tampoco que el gobierno que tenemos no me disguste profundamente. Pero, a fin de cuentas, Francia, a pesar de su vergonzosa intervención militar en el Tchad, es, hoy por hoy, más impotente que culpa-

ble. Y como en mi vida privada nunca ha habido nubes, como ya no me siento directamente responsable de las torturas y de las matanzas y como se trata de una lucha a escala mundial en la que los pueblos oprimidos están conquistando, a duras penas, su independencia, es verdad que, en cierto modo, soy feliz.

Testimonios de ancianos

—Hemos hablado sólo de las reacciones de la crítica ante su libro, pero usted también habrá recibido cartas...

S. DE B.—Sí, muchas. En general, escritas no después de la lectura de mi libro, sino después de las dos emisiones que hice para Radio Luxemburgo; esas emisiones las escucharon una serie de viejos de un nivel de vida muy bajo y de un nivel cultural bastante bajo. No son, pues, cartas de privilegiados. Muchas de ellas son auténticos atestados de pobreza que no hacen sino confirmar lo que yo he dicho. «Señora, ¿cómo pueden vivir dos personas con menos de seiscientos francos mensuales?». «Le pregunto amistosamente cómo califica usted a un gobierno que nos obliga a terminar nuestra vida de trabajadores en tan miserables condiciones».

»Otros aportan una serie de confirmaciones muy interesantes sobre diversos temas por mí tratados. En primer lugar, la ignorancia en que se encuentra mucha gente en lo que respecta a los derechos que les asisten, y la vergüenza que sienten por tener que vivir en condiciones tan miserables. Un señor

**"Creo que hay viejos felices,
y yo he conocido a algunos,
pero se trata solamente de una minoría de privilegiados;
la mayoría no lo son..."**

me escribe, por ejemplo: «Le ruego que me envíe su libro, pero contra reembolso, porque no quiero mendigar nada. Ya me las arreglaré para pagarlo. Vivo con doscientos cincuenta francos mensuales, sé que podría reclamar una pensión, pero no quiero, porque yo no mendigo». Y yo le contesté: «Esa pensión es un derecho que le corresponde, no se lo regale al Estado». Pero él no pensaba haberse ganado esa jubilación trabajando y cotizando toda su vida. Son muchos los viejos que no reclaman las prestaciones, la asistencia médica y de otro tipo, que les corresponden, porque tienen la impresión —y, de hecho, todo contribuye a crear en ellos esta impresión— de estar mendigando.

«Hay otra cosa notable y es que, a menudo, las mujeres soportan su vejez mejor que los hombres. He aquí el extracto de una carta:

«... Envejeczo bastante bien, y trabajo mucho. En la primavera tengo que cuidar el jardín con todas esas flores tan bonitas, pero que se marchitan tan pronto. Después, ya en casa, me dedico a la costura, al correo y a la lectura. Soy esperantista y tengo gente que me escribe hasta en los antípodas; me distraigo mucho. Empecé el esperanto a los sesenta años, y gracias a este idioma puedo efectuar fácilmente desplazamientos a países extranjeros.

«Como usted puede ver, he organizado mi vejez de forma que no pese demasiado. No me aburro nunca, los días son demasiado cortos y nunca me acuesto antes de la una y media. Leo en la cama hasta las dos de la mañana».

«He aquí la reacción de una mujer; ha aprendido el esperanto a los sesenta años, se dedica a viajar, procura estar siempre ocupada, y su continua actividad le conserva la salud. Hay también viejos que buscan derivativos eróticos. Hay uno, sin duda bastante viejo, que me escribe casi todas las semanas para contarme, en términos muy, muy precisos, cómo per-

dió la virginidad, cómo hizo el amor con una mujer que «ligó» en tal o cual calle, y se ve claramente que siente un placer especial en contar todo eso por carta a una mujer...

—*¿Recibe usted también cartas de gentes que quieren servir para algo?*

S. DE B.—Sí. Una mujer de ochenta años me escribe que es síndico del inmueble en que vive, que goza de muy buena salud, que se ocupa de su familia, de sus nietos, que realiza diferentes trabajos, pero que le gustaría que yo le indicase alguna otra forma de ser útil. Hay mucha gente que escribe cosas parecidas. Creo que la solución consiste en que este tipo de gente vaya al centro de la Cruz Roja más cercano para realizar cualquier tarea que pueda encomendárseles, porque este tipo de instituciones benéficas tienen siempre necesidad de gente de buena voluntad.

Isabel de Bélgica y lord Russell

—*Diversos críticos —y es éste un reproche indirecto que se le ha hecho— dicen haber encontrado a menudo viejos felices. ¿Le ha pasado a usted otro tanto?*

S. DE B.—Sí que he encontrado, pero siempre entre la clase privilegiada. Por ejemplo, mi abuelo por vía materna, que, por cierto, era tanto más feliz cuanto mediocre y egoísta. Si uno es rico y egoísta, si uno ha vivido toda su vida una existencia mediocre y fútil, no sé por qué va a tener una vejez diferente. En realidad, yo no sé si mi abuelo era igual de feliz cuando se encontraba solo en

su propiedad, pero, por lo menos, cuando tenía alrededor a todos sus hijos y, sobre todo, a su hija, a la que quería muchísimo, siempre sonreía; tenía ochenta y cinco años, gozaba de buena salud, no tenía nada que hacer, vivía al día y parecía muy contento. Creo que la idea de que tenía que morir algún día le era totalmente indiferente. Era feliz, pero, volvemos a lo mismo, pertenecía a los privilegiados.

«Cierta crítica belga me citó un ejemplo de vejez feliz y hasta magnífica, el de la reina Isabel de Bélgica. Es seguro que tuvo una hermosa vejez. Se dedicaba a la música, a viajar —fue a China—, la apasionaba la política, era muy progresista, recibía a escritores, etcétera. Ahora bien, el que fuese completamente feliz es ya otra cosa, pues es muy fácil decir que las personas son felices sólo porque gozan de buena salud, porque se muestran activas y porque dan, desde fuera, cierta impresión de serenidad. Pues bien, a ciertos viejos que se decían felices se les ha sometido en alguna que otra ocasión al "test" de Rorschach. Y en sus respuestas se ha descubierto una profunda ansiedad y una gran tristeza.

«Quizá lord Russell, que era rico y además hombre de gran cultura, fuese feliz. Es muy importante tener una cultura, porque lo que más ayuda a un viejo a soportar su vejez es el hecho de conservar una curiosidad y, al mismo tiempo, tener con qué satisfacerla. Lo trágico entre los trabajadores manuales que no han recibido ninguna clase de cultura es que no saben qué hacer en cuanto dejan de trabajar y que, a menudo, no hacen literalmente nada.

«Sí, creo efectivamente que hay viejos felices, y yo he conocido a algunos, pero se trata de una minoría de privilegiados, que no influye para nada en el hecho estadístico de que, en esta sociedad en la que lo único que interesa son los beneficios, la suerte de la inmensa mayoría de los viejos es, material y moralmente, miserable. ■ Entrevista de PATRICK LORIOT.



Bertrand Russell murió casi centenario. "Tuvo una hermosa vejez —dice Simone de Beauvoir—, quizá, como era rico y además hombre de gran cultura, fuese feliz. Es muy importante tener una cultura para soportar la vejez".